

de retirarse á su iglesia. Ciertamente, el estado de los negocios en Roma al concluirse el concilio, exigia absolutamente su presencia para ayudar al anciano Pontífice á sostener el peso de su Pontificado; y era muy justo que Carlos prefiriese el bien de la Iglesia universal á la utilidad particular de la de Milán.

Disfrió, pues, su partida hasta que viniese un tiempo mas oportuno; y encontrando en esta necesidad nuevos motivos de fervor, trabajó por ofrecer en su persona y familia un modelo perfecto de la reforma ordenada por el santo concilio; y en la cualidad de cardenal nepote de que estaba revestido, vió solamente la feliz revolución que podia producir aquel ejemplo en las costumbres de los prelados. Estaba, por último, persuadido de todo punto de que el ascendiente de la autoridad pastoral procede de la virtud, y no del aparato exterior. Quiso que toda su casa fuese eclesiástica, y despidió de una vez ochenta personas seculares, gentiles-hombres, caballeros, mayordomos, oficiales y criados de todas clases, no dejando en su casa mas que eclesiásticos, á escepcion de los criados necesarios para los oficios mas humildes. Su alma grande y sensible, igualmente incapáz de ninguna pequeñez en la piedad y de la menor dureza en la reforma, atendió con mucha liberalidad á la subsistencia de aquellos á quienes despedia de su casa. A los eclesiásticos que en lo futuro habian de ser sus únicos familiares, les dió unas reglas cristianas para su método de vida, les prohibió todo cuanto pudiese ofender la modestia clerical, y les mandó

principalmente que no trajesen en sus vestidos ninguna cosa de seda.

Rehusó tambien llevar el Santo otros vestidos que los de lana; renunció las diversiones aunque inocentes, que hasta entonces le habian servido de algun desahogo en medio de los negocios públicos, no buscando mas consuelo que el que hallaba en sus íntimas comunicaciones con Dios, ayunando con mas frecuencia que antes, no tomando mas que pan y agua en un dia de la semana, mortificando su carne con cilicios y disciplinas, y multiplicando sus limosnas públicas y secretas. Para poder continuarlas, desalojó y espulsó de su casa, no solo toda apariencia de lujo, sino todo gasto que no fuese de absoluta necesidad. Alcanzaron sus piadosas liberalidades á todos los lugares donde tenia beneficios; pero en ninguna parte fueron mas abundantes que en su arzobispado. Mientras permanecié ausente de él, no quiso percibir ninguna de sus rentas, por ser un desórden, como él decia, alimentarse con la leche de unas ovejas que no apacentaba por sí mismo. La vida de los religiosos mas austéros no podia menos de ofrecer un aspecto halagüeño á un prelado de estas circunstancias, y así tuvo ciertos impulsos de abandonar el gobierno de los asuntos de la Iglesia, para retirarse á un monasterio donde pudiese atender solo á su propia santificación. Comunicó su pensamiento al arzobispo de Braga D. Bartolomé de los Mártires, íntimo amigo suyo, y en cuya piedad confiaba mucho. Respondióle este virtuoso prelado, que las delicias de la

oracion solo debian servir para templar la amargura de los trabajos del episcopado y hacerlos mas tolerables; que la piedad de un Príncipe de la Iglesia debe ser muy distinta de la de un solitario, y estar llena de fuerza y de actividad. Añadió que no debía omitir ningun medio para fijarse invariablemente en su diócesis; pero que no convenia proceder con precipitacion, que era muy puesto en razon que no prescindiese de los muchos años de su tio, ni de las necesidades de la Iglesia; que abandonando el ministerio que desempeñaba tan útilmente, podrian nombrar un sucesor que no tuviese su integridad ni su prudencia, ó á lo menos su buena intencion; que procurase evitar con toda la diligencia posible los peligros que podian resultar por entonces de su ausencia, y que entretanto, para compensar el bien que no podia hacer en persona en la diócesis de Milán, se esforzase mas que nunca á dar á todo el mundo cristiano el egemplo raro de un cardenal nepote, mas interesado en la gloria de la Iglesia que en la grandeza de su casa.

Conformóse Carlos con unos consejos tan prudentes, y siguió su ministerio importante al lado del Sumo Pontífice, tratando sobre todo de progresar mas y mas en la piedad. Derramó Dios abundantes bendiciones sobre las obras de una alma tan recta. Tuvieron sus egemplos el mayor influjo en la curia pontificia, que en muy poco tiempo dejó de ser lo que antes era. Hubo muchas personas que los siguieron de veras y con toda la sinceridad de su corazon; y las demás pusieron gran cuidado en no hacer ninguna cosa

menos regular, que pudiese llegar á su noticia. En una palabra, si el vicio no quedó del todo pulverizado en el Vaticano, perdió todo su poder y vióse en la precision de ocultarse. Aprovechóse infinito el mismo Papa del trato de su sobrino, y corrigió muchas cosas que sin ser del todo malas, no ofrecian toda la edificacion que debía esperarse de la Cátedra de Pedro. Borromeo tuvo un cuidado muy particular de reparar y hermosear las iglesias de sus títulos, y se echó de ver en casi todas ellas su noble inclinacion á este género de magnificencia. Hizo lo propio con el convento de religiosas de Santa Marta, del cual era protector. Mas donde echó el resto de su piadosa munificencia fue en el edificio de Santa María de los Angeles, y en la insigne cartuja que á instancias suyas mandó construir el Papa sobre las ruinas de las termas de Diocleciano: monumento el mas á propósito para dar idea de la fragilidad de las cosas humanas. Escitó el espectáculo de estos edificios la emulacion entre los cardenales y obispos, quienes se empeñaron en multiplicarlos á porfia en sus propias iglesias y beneficios, de suerte que Roma y una gran porcion de Italia deben á San Carlos muchas iglesias hermosas, que son en el dia la admiracion de todos, y los ornamentos mas preciosos que se encuentran en ellas.

26. No obstante, ni las buenas obras que hacia fuera de su diócesi, ni el bien que la proporcionaba por medio de sus representantes, bastaban á aquietarle en cuanto á su ausencia personal. Su vicario general le daba todos los correos una razon

exacta de cuanto ocurría. Desde que consagraron á Carlos, tuvo allí un obispo sufragáneo, y estableció otro vicario general, llamado Nicolás Ormaneto, discípulo del santo obispo de Verona Juan Matéo Gilberto, que habia sido el primer restaurador de la disciplina eclesiástica en Italia. Despues de haber desempeñado con honor el empleo de vicario general en Verona, de haber sido honrado con la misma confianza por el cardenal Polo, en cuya compañía pasó á Inglaterra, y de haber representado un papel brillante en el concilio de Trento, habíase reducido al gobierno de un corto curato donde pensaba únicamente en santificarse, y en que nadie se acordase de él. Sacado de allí por el santo arzobispo, á impulsos de su celo por la mayor gloria de Dios, hizo en Milán todo lo que podia esperarse de un hombre de sus prendas. Fue su primer cuidado congregar en sínodo á los eclesiásticos de la diócesi, los que se reunieron en número de cerca de mil y doscientos. Publicáronse allí los decretos del concilio de Trento, y cada uno de los concurrentes hizo su profesion de fe segun la fórmula adoptada en aquel concilio. Habló el piadoso vicario general con una energía que inspiró sentimientos de virtud á todos los que le oyeron. Visitó despues todas las iglesias de la ciudad, y la mayor parte de las de la diócesi, donde corrigió infinitos abusos; dió principio á un seminario; reformó muchos desórdenes en las casas religiosas; y en una palabra, hizo todo lo que podia hacer el vicario general mas completo: sin embargo de esto, escribió al

arzobispo, que la empresa era superior á las fuerzas de una autoridad precaria: que los trabajos eran tales, que necesitaban nada menos que un Hércules: y que sola la presencia de la cabeza en persona podia poner diques al torrente de la corrupcion, á lo menos entre los eclesiásticos, cuyos vicios son siempre los mas perjudiciales: porque ó bien sean virtuosos ó viciosos son por lo comun el norte de los pueblos. Hallábase á la verdad la iglesia de Milán en la desolacion mas deplorable, al cabo de ochenta años que no residian los arzobispos en aquella vasta diócesi.

27. La franqueza de Ormaneto produjo todo el objeto que deseaba, pues encendió en el santo arzobispo un deseo tan vivo de acudir al socorro de su iglesia, y solicitó con tales instancias el permiso de trasladarse á ella, que últimamente fue necesario concederlo, pero con la condicion de regresar tan luego como hubiese celebrado su concilio provincial. Aprovechóse el santo de lo presente, y en cuanto á lo futuro se entregó en manos de la Providencia, cuyas disposiciones estaban, segun despues se vió, muy remotas de las esperanzas del Papa. Antes de salir de Roma consultó con muchos teólogos piadosos y sábios, con canonistas hábiles y con literatos versados en el conocimiento de la buena latinidad, los decretos que queria publicar en su concilio, y principalmente los medios propios para que éste fuese útil á su pueblo, y retiróse de aquella capital el dia primero de Setiembre de 1565. Con sus egemplos, con sus discursos y con su modestia difundió durante su viage

un olor de santidad, que así como la flor anuncia el fruto, presagiaba la abundante cosecha que habia de recoger cuando llegase á su término. En los lugares por donde pasó le recibieron como á un santo sobrino del Pontífice, y como á un santo legado à *latere* en toda Italia: carácter que le habia dado su tío para remover todas las dificultades, aun en caso de que concurriesen con él otros cardenales. Y en Milán recibieronle como á padre unos hijos que, no habiéndole visto jamás, se quejaban con lágrimas de ternura, que al parecer desmentian el gozo de que estaban inundados. Carlos no pasaba entonces de veintiseis años; pero al porte magestuoso que le hizo venerable desde su edad juvenil, reunia un juicio maduro y todas las cualidades que en cierto modo cautivan la confianza.

28. Sin dejarse llevar de las distinciones con que le honraban en todas partes, trató de la celebracion del concilio luego que llegó. De los diez y seis obispos sufragáneos de su metrópoli, hubo once que concurren personalmente, y entre otros Gerónimo Vida, obispo de Alba, tan distinguido por la profundidad de su doctrina como por su talento para la poesía, y Nicolás Sfondrato, obispo de Cremona, que fue despues Papa con el nombre de Gregorio XIV. Los de Lodi, Asti, Novara y Savona, que presentaron excusas canónicas para no asistir, enviaron sus procuradores, como tambien la iglesia de Ventimilla que estaba vacante. Aunque los cardenales Bolba y Castiglione no eran de aquella provincia, quisieron

tener el consuelo de asistir á un concilio celebrado por un prelado tan lleno del espíritu de Dios, y tan bien instruido en las ideas y designios de la Iglesia.

Celebróse el concilio con un orden y una magestad que en cierto modo manifestaron la asistencia del Espíritu Santo; y en el acierto de los muchos decretos que se dieron en él, se conoció la vasta estension de los conocimientos eclesiásticos del santo cardenal. No se omitió cosa alguna de cuantas tienen relacion con el régimen y la edificacion de la Iglesia, desde las mas sublimes funciones del episcopado, hasta las de los campaneros y porteros. Pero lo que debe leerse y releerse de continuo son los puntos que tratan de las obligaciones y conducta de los eclesiásticos. Allí se arregla la mesa de los obispos, hasta el número de platos que deben servirse en ella; y mientras dure la comida, han de hacer que se les lea la sagrada Escritura ó algun otro libro piadoso. Dícese que es una impropiedad notable y una especie de extravagancia el que se parezcan sus casas á las de los comandantes militares, ó á las de los gobernadores de provincia. Se les manda que despojen los vestidos de sus criados del oro y de la plata, de la seda, de los colores demasiado subidos, y que no usen sino de telas de lana negra ó parda; y se exige de ellos que visiten sus diócesis con tanta frecuencia y aplicacion, que puedan conocer perfectamente el estado de cada parroquia. Debe traer todo eclesiástico corona abierta, y el hábito clerical conveniente á su orden y dignidad; y se escluyen de su compañía habitual las

personas del otro sexo, aunque sean parientes, porque éstas serian causa de que concurriesen otras. En cuanto á las mugeres de mala vida, se manda que se las distingua por el trage, para reducir las á un estado de oprobio que inspire horror el trato y comunicacion con ellas. La misma individualidad y la misma prudencia se observa en orden á los distintos grados de la gerarquía, y á la mayor parte de los estados y condiciones, aun entre los simples fieles.

29. Toda España, lo mismo que la Lombardía, mostró un celo extraordinario por la publicacion del concilio de Trento, con cuyo motivo se celebraron muchos concilios provinciales en Toledo, Zaragoza, Valencia y Salamanca (1). Nada se omitió en ellos de cuanto toca á las obligaciones de los obispos y de sus dependientes, á las de los párrocos y de los canónigos, al exámen para la colacion de las órdenes y de los beneficios, á la residencia, á la asistencia á las horas canónicas, á los oficios divinos en sí mismos, y á la magestad del culto público. Mandaron principalmente á los obispos, que no confiriesen la primera tonsura sino á los que estuvieren designados para un beneficio. Al fin de las actas de Toledo, que son las únicas que están impresas, se establecen celadores para cuidar de la egecucion de los decretos en cada arcipreztazgo (\*).

(1) *Conc. t. 15. p. 751. et seq.*

(\*) Además de las actas del concilio provincial de Toledo, hállanse tambien impresas las de Valencia y Salamanca. Presidió en el

30. A fin de facilitar mas y mas la egecucion de los decretos de Trento, hizo Pio IV una constitucion que revocaba los privilegios, esenciones, franquicias, indultos, y generalmente todo lo que fuese contrario

de Toledo el obispo de Córdoba Cristóval de Rojas y Sandoval, como sufragáneo mas antiguo, y asistieron cinco obispos, el abad de Alcalá la Real y los procuradores de la santa iglesia primada y de los cabildos de otras catedrales. Celebráronse tres sesiones, y se formaron en ellas cincuenta y nueve decretos ó reglas para la exacta observancia del concilio ecuménico. D. Martín de Ayála, trasladado á su regreso de Trento del obispado de Segovia al arzobispado de Valencia, convocó y presidió el sínodo de esta provincia, en el que se tuvieron cinco sesiones, estableciendo los padres ciento y seis capítulos, los seis primeros sobre la doctrina y predicacion; los treinta y tres siguientes, sobre los sacramentos y su recta administracion; los veintiocho de la tercera sesion, sobre la reforma de todos los órdenes del clero; los diez y ocho de la cuarta, sobre las funciones y deberes de los ministros y prelados, así seculares como regulares; y finalmente, los veintiuno últimos acerca de las fiestas que se deben observar en la provincia, sobre los preceptos de oír misa y pagar los diezmos, sobre la reverencia debida á los lugares y cosas santas, y contra la usura, el abuso de los flagelantes ó públicos penitentes, y para la imposicion de algunas multas y penas contra los que no cumpliesen fielmente su deber. Duró este concilio desde el día 16 de Noviembre de 1565, hasta el 24 de Febrero de 1566.

Al hablar de este concilio no podemos menos de dar alguna noticia de su presidente, que fue uno de nuestros mas dignos y sábios arzobispos. D. Martín Perez de Ayála, natural de Hieste, en la Sierra de Segura, é hijo de padres nobles, aunque pobres, se aplicó desde muy jóven y con grande aprovechamiento al estudio de las ciencias, y enseñó con aplauso universal la filosofia en Toledo, y la teología en Granada. Aprendió despues en Lovaina las lenguas hebrea y griega; y dió á conocer su talento y su instruccion eclesiástica en las conferencias que tuvo con los hereges, en las lecciones públicas que dió en Antuerpia esplicando las epístolas de San Pablo, y principalmente en medio del concilio de Trento, adonde fue enviado por el

á las disposiciones de este concilio, y se contuviese en las gracias concedidas por lo que se llamaba *Mare magnum*, á las iglesias, monasterios, universidades y hospitales, á los eclesiásticos seculares y regulares, y á los legos de cualquiera condicion y dignidad que fuesen (1). Como solia suceder que los nuncios de la santa Sede mendigasen el favor de los Príncipes á

Emperador Carlos V. Sabedor este Monarca de la admiracion con que le habian oido los padres, le eligió á su regreso de Trento para obispo de Guadix y Baza. Asistió por segunda vez al concilio en tiempo de Julio III; y trasladado despues de algunos años á la iglesia de Segovia, volvió por la vez tercera al santo concilio, llevando en su compañía al doctísimo Arias Montano. A su vuelta á España fue elegido arzobispo de Valencia, cuya iglesia gobernó con la mayor prudencia y sabiduría hasta su muerte. Tenemos varias obras de este dignísimo prelado; pero la principal y la mas digna de su nombre es la que publicó con este título: *De divinis, apostolicis, atque ecclesiasticis traditionibus, deque auctoritate ac vi earum sacrosanctae, assertiones, seu libri decem*. Murió á 5 de Agosto de 1566, poco mas de cinco meses despues de haber concluido su concilio.

Por último, en el concilio de Salamanca, presidido por el arzobispo de Santiago D. Gaspar de Zúñiga, y compuesto de once prelados á mas del presidente, entre los que se halló como obispo de Badajóz el Beato Juan de Ribera, despues arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, se establecieron en tres sesiones ochenta y siete decretos para la observancia de lo mandado en Trento, sobre la reforma y disciplina. Principió este concilio el día 7 de Setiembre de 1565, y en 28 de Abril de 1566 celebró su última sesion. Además de estos tres y del de Zaragoza, congregado por el arzobispo Alfonso de Aragon, sobrino del Rey Fernando el Católico, se tuvieron en España en el mismo año 1565 otros concilios provinciales, como el de Granada, presidido por su arzobispo D. Pedro Guerrero, el de Braga y el de Ébora. Véase el tomo 4 de la coleccion de Aguirre.

(1) Bullar. Pii IV. Const. 94. 96. 103.

fin de ascender al cardenalato, prohibió que en lo sucesivo se solicitasen estas dignidades, pena de excomunion, de privacion de beneficios, y aun de infamia perpétua. Para recompensar á los que habian servido con utilidad á la Iglesia en la celebracion del concilio de Trento, creó veintitres cardenales en una sola promocion á 12 de Marzo de 1565, siendo de este número los dos venecianos Zacarías Delfino y el célebre Commendon que habian tenido el encargo de exhortar á los Príncipes del norte á que concurriesen al concilio, y Hugo Boncompaño, boloñés, que fue Pontífice con el nombre justamente respetado de Gregorio XIII.

31. Tuvo Pio IV, no obstante esto, enemigos, y dió causa á quejas y resentimientos con algunas providencias rigurosas que á algunos parecieron efecto de venganza, y con la gran predileccion que manifestó á sus parientes (1). Habiendo abandonado á su tío por su diócesis el santo cardenal Borromeo, se llevó el Papa consigo otros dos sobrinos, de un carácter menos desinteresado. Anibal de Altemps, que era uno de ellos, fue nombrado al punto gobernador de la iglesia romana; y al otro que se llamaba Marcos Sittick, se le confió el ministerio de estado. Quiso Pio IV despues de esto casar á Altemps con la hermana del cardenal Borromeo, sin embargo de la proximidad del parentesco. Murmuraban algunos diciendo que para dar una buena dote trabajaba al pueblo con impuestos, y levantaba á muchos grandes unos pleitos

(1) Thou, l. 36. n. 9.

ruinosos. No se necesitaba tanto para encender la indignacion de los que se llamaban iluminados, quienes conspiraron contra la vida de este Pontífice, siendo el principal de ellos Benito Accolti, hijo de un cardenal del mismo nombre, y sus cómplices Pedro Accolti, pariente suyo, el conde Antonio de Canosa, el caballero Peliccionc, y algunos otros en muy corto número (1). Juzgaba Benito que Pio IV no era verdadero Pontífice: que despues de su muerte se colocaria en la santa Sede á otro Pontífice, que habia de llamarse el Papa Angélico; que este corregiria todos los errores y abusos, y que su Pontificado seria el siglo de oro de la Iglesia. Ofrecia Benito á sus cómplices ciudades, casas de campo y grandes sumas de dinero. Habíanse encargado él y Peliccionc de dar á Pio el golpe mortal, y buscaron muchas veces la ocasion de egecutarlo. Pero contenidos siempre por el terror en el instante de la egecucion, dieron motivo á que se introdujese entre ellos la division, y á que se descubriesen sus malvados designios. Prendieronlos á todos en una misma noche y diéronles tormento, en el que nada confesaron, á escepcion de Accolti, que afectando reirse mientras le estaban atormentando, dijo que le habia escitado un ángel á aquella empresa. Miraron con lástima su fanatismo; pero pareciendo que el delito era de tal naturaleza que no podia quedar impune sin peligro, fueron condenados á muerte el autor y sus cómplices, y ajusticiados todos ellos.

(1) *Thou, ibid.*—*Chacon, t. 3. p. 381.*

32. Libre Pio IV de este peligro, cayó poco despues en unas inquietudes y angustias casi tan crueles á causa de los esfuerzos prodigiosos que hicieron los turcos para apoderarse de la isla de Malta y asolar despues la Italia, cuyo mas firme baluarte era aquel plantel de héroes cristianos. Soliman II, el mayor y mas sábio de todos los sultanes, quiso despues de la conquista de Rodas verificar tambien la de Malta. Cansado de las continuas quejas de sus vasallos contra los caballeros, que asolando con sus correrías todas las costas de África y de Asia, desterraban de todos sus mares la seguridad del comercio y la libertad de la navegacion, y eran los autores y el apoyo de todas las empresas de los Príncipes cristianos contra los infieles, y principalmente de las de los españoles, enemigos eternos del imperio otomano, acordó finalmente el sultan dar fin á unos temores que se renovaban todos los dias, é hizo los mas formidables preparativos por mar y tierra, con promesa de sepultar á los caballeros bajo las ruinas del peñasco desde donde inquietaban y destruían todos sus estados. Tripuló ciento y sesenta entre galeras y galeotas, tomó entre todas sus tropas treinta mil hombres escogidos, parte genízaros, y parte spahis, esto es, lo mejor de su infantería y caballería, y unió á estos una infinidad de barcos de transporte, en que iba la artillería gruesa, los caballos de los spahis y municiones de guerra, con víveres para mantener por espacio de seis meses ochenta mil hombres, número á que ascendian los combatientes y los que servian en